



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

INTRODUCCION

La revolución de 1910 fue la hermosa revolución, la revolución de las simpatías generales. ¡Viva Madero! fue un conjuro para abolir la pobreza y la ignorancia de millones de mexicanos. La revolución de 1912 era la revolución fea, la revolución repelente. Los hechos —o en no pocos casos el sólo enunciado— habían ocupado el lugar de las frases.³²² La revolución fea empezó en el levantamiento de los campesinos de Morelos. ¿Qué hacía Madero ante la anarquía y el desafío? Dialogar con el jefe de aquellos bandidos. Ante la probabilidad de que el antiguo régimen desapareciera, de los bufetes, de las casas señoriales, de las redacciones de los periódicos, de los cuarteles, del propio ministerio de Madero, de las sacristías, de las embajadas extranjeras y de la cámara de diputados, se gritó ¡Orden! ¡Orden! ¡Aplastar a los indios sublevados! Madero no era ya el hombre desinteresado, valiente, honrado, bondadoso, enérgico, audaz y soñador, sino un ser pequeño, infame, desleal, hipócrita y causante —como lo dijera José Elguero— del anarquismo y del socialismo. En torno de Madero, dos clases tiraban de su voluntad: la del orden porfiriano y la de la revolución; la una contaba con su Gabinete, sus generales, los propietarios y las familias decentes; la otra, era la de los campesinos, los artesanos, los obreros, las fuerzas regulares de su campaña militar y la de quienes advertían que sin Madero retornaría el porfiriato sin Porfirio Díaz. Una fracción parecía oscilar entre las dos clases: la de quienes aspiraban al avenimiento de propietarios y campesinos y proponían —Vasconcelos expresaba ideológicamente dicha fracción— hacer “justas concesiones” a los labriegos.³²³ Cuando los propietarios pro-

³²² Véase C. Marx. Ob. cit., tomo I, p. 144.

³²³ José Vasconcelos, *Los últimos cincuenta años*, México, 1924, 32 pp.

palaron su odio, los campesinos avanzaron contra la capital. Los disparos en Xochimilco los sacaron de quicio. El instante en que una clase, secularmente educada en el cristianismo, descubre su verdadera naturaleza, había llegado. Como en los días de la revolución de 1810, cuando los insurgentes prendieron sus fogatas en el Monte de las Cruces, los propietarios, empavorecidos, acudieron a sus imágenes y a sus soldados. Los adjetivos de Abad y Queipo contra Hidalgo, se vuelven a oír contra Zapata. La palabrería de Fernández de San Salvador era la misma que la de José María Lozano; la de Trinidad Sánchez Santos, era como la de Mariano Beristáin y Souza. Primero los adjetivos; después, las armas. Primero, las injurias; después, los asesinatos. Sánchez Santos se befa del ojo inmóvil de Gustavo Madero; semanas después, los militares caen sobre él para torturarlo y matarlo. José María Lozano señala en Zapata a un Espartaco y pide —a gritos— que lo maten. Su discurso, como los editoriales de Sánchez Santos en *El País*, ejemplifican el temor, el odio y un deseo irrefrenable de venganza.

El grupo que demandaba a Madero aplicar reformas —un programa moderado con leyes perdurables— tenía por expositor lúcido a Luis Cabrera. El discurso de Cabrera en memoria de Aquiles Serdán,³²⁴ recordando a los olvidadizos lo que había sido la dictadura porfiriana, es un examen de los métodos represivos de la burguesía latifundista; de las exigencias del viejo orden que no había desaparecido. Clamaba Luis Cabrera porque Madero se decidiera a una acción política que impidiera el retorno de la dictadura e inaugurara la etapa de “la ley y la justicia”. Entre tanto, Zapata avanzaba con sus campesinos. Alfredo Robles Domínguez lleva a Cuernavaca las proposiciones del Gobierno, que Zapata acepta y Madero vacila en cumplir, mientras el Ministro de Gobernación, García Granados, decrepito, adusto y rencoroso, —y a quien Lozano veía como a un “hombre de hierro”— envía a Victoriano Huerta a Morelos. El galardón de Huerta, ganado durante la operación descrita por Porfirio Díaz ante el Congreso de la Unión: rastrillar con sus soldados las aldeas calcinadas de los mayas, era un antecedente valioso

³²⁴ *La sombra de Aquiles Serdán*, en *Obras Políticas*, ob. cit., pp. 350-8.

para aplastar a los campesinos al mando de Zapata, tanto como su victoria sobre Pascual Orozco y la prisión de Francisco Villa. Los hacendados de Morelos abren a los federales las puertas de sus casas y de sus trojes. Avanza la artillería de Huerta. Zapata parece esfumarse en el valle. Las tropas arrasan poblados, ahorcan a los campesinos indefensos; fusilan, entran a saco en las aldeas y vuelven a las haciendas. Los zapatistas parecían brotar de los surcos: disparan y huyen. Huerta se retira; le sucede Juvencio Robles, con mayor ímpetu. Sus órdenes se cumplen: de cada árbol de Morelos debe colgar un zapatista. Madero detiene los asesinatos. Llega Felipe Angeles. Su relato³²⁵ es la confesión de la imposibilidad de cumplir el plan de Madero: dominar a los campesinos sin matarlos; hacerles "entender" la razón de los latifundistas; persuadirlos de que la ley los beneficiaría. Zapata se retira a sus montañas con Otilio Montaña y regresa con el Plan de Ayala. Huerta cae sobre Madero. El orden entraba con sus atributos, sus condecoraciones, sus compromisos, sus pactos y procedimientos habituales ("El orden público, señores, es una frase que inspira horror —dijo Zarco en 1856—; el orden público reinaba en este país cuando lo oprimían Santa Anna y los conservadores, cuando el orden consistía en destierros y proscipciones! ¡El orden público se restablecía en México cuando el ministerio Alamán empapaba sus manos en la sangre del ilustre y esforzado Guerrero! ¡El orden público... es el reinado tranquilo de todas las tiranías.") al Palacio Nacional. El júbilo de las familias decentes, como en los tiempos de Santa Anna, tenía precedentes. Los propietarios acudieron ante Huerta a brindarle consejos, bendiciones y dinero. Porfirio Díaz, como un dios tutelar, velaba por su tribu.

La Nación, diario que se definía como "órgano del Partido Católico", publicó un prontuario: *Lo que deben saber y practicar los católicos mexicanos*,³²⁶ más que Syllabus dictado por seglares, entimemas de sacristía.

³²⁵ Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*. Tomo II, Edit. Ruta, 1951.

³²⁶ *Lo que deben saber y practicar los católicos mexicanos*. Cuatro opúsculos de actualidad. Obsequio de *La Nación*. México, 1913, 39 pp.